

JÓVENES Y RELIGIOSIDAD

Acerca del estudio de P. GONZÁLEZ BLASCO (Dir.), *Jóvenes Españoles 2005*,
Fundación Santa María, Madrid 2006

Antonio Jiménez Ortiz

Esta reflexión, que intenta resumir y comentar los datos ofrecidos en el capítulo *Jóvenes y Religiosidad* de J. González Anleo en *Jóvenes 2005*, está redactada con cierto malestar. Los estudios de la Fundación Santa María sobre la religiosidad de los jóvenes españoles han acumulado durante años un capital de credibilidad, que puede empezar a ser cuestionado.

Al leer ese capítulo uno se topa con la sorpresa incomprensible de que “en el año 2005 la categoría “católico no practicante” ha sido eliminada del cuestionario” (según González Anleo en la p. 250). ¿Eliminada? ¿Por qué? No se da ninguna razón.

Javier Elzo en la p. 92 afirma: “Desgraciadamente un error se ha deslizado en el cuestionario y “ha saltado” una posición en la escala –la de “los católicos no practicantes”- (...)”. Es decir, se ha saltado la categoría con más alto porcentaje en 1999, entre los jóvenes de 15 a 24 años: 31.9%. No es cualquier cosa. ¿Se trata de un error fortuito o de una eliminación intencionada? En todo caso nos parece un grave error, que condiciona significativamente la credibilidad de este trabajo sobre la religiosidad juvenil.

En el estudio *Jóvenes 2000 y Religión*, publicado en el 2004, se introdujeron los datos de adolescentes de 13 y 14 años, rompiendo el criterio básico mantenido hasta ese momento de analizar una muestra de adolescentes y jóvenes entre los 15 y 24 años. A esto se añade el error actual al eliminar la categoría de los “católicos no practicantes”.

¿Cómo podremos comparar con precisión los datos que se han ido acumulando desde 1984 para descubrir, confirmar o descartar tendencias en la religiosidad juvenil? ¿Cómo explicar que el grupo tan alambicadamente descrito como “católico no muy practicante” ha pasado del 21.8% en 1999 al 39% en 2005? ¿O que los no creyentes hayan pasado de ser el 31.6% al 46.4%? ¿Por el empuje de la secularización o por el error en el cuestionario? Porque afirma el autor del capítulo en la p. 250: “Los católicos “no practicantes” habían sido denominados con frecuencia “católicos nominales”, de puro nombre, y su eliminación como alternativa del cuestionario ha

obligado probablemente a no pocos de ellos a decantarse por opciones más tajantes. Bastantes se han decidido por presentarse como “católicos no muy practicantes”, otros se han alistado en las filas de los “no creyentes” y de los indiferentes”.

Identificar sutilmente a los “católicos no practicantes” como “católicos nominales” no soluciona el error, además de ser una operación poco precisa. Así se comprende la sorpresa del autor en la p. 281: “A nadie puede llamar la atención que los jóvenes que se declaran no religiosos no asistan apenas a Misa, pero sí es llamativo, en cambio, que como razón primordial para justificar su no asistencia elijan el argumento “porque la Misa no me dice nada”, en lugar de señalar, sencillamente, otro más de acuerdo con su situación o sensibilidad espiritual, como es “la religión ya no me interesa”. ¿Es que si la Misa “les dijera algo” asistirían a ella a pesar de su vacío religioso? ¿O es que ese vacío es menos auténtico y permanente de lo que ellos piensan?”.

Y ante eso se me ocurre preguntar... por si acaso: ¿Tendríamos ahí en realidad a jóvenes “católicos no practicantes” camuflados de no creyentes? Y en la p. 285: “Los datos nos dicen que los porcentajes de jóvenes no religiosos que nunca rezan no superan en ningún caso el 60%, lo que indica un 40% que sí lo hacen”.

¿Podrían ser “católicos no practicantes”... rezagados? En fin...

El mapa religioso juvenil que en los últimos años era descrito por “la ley de los tres tercios” (católicos practicantes, católicos no practicantes y jóvenes no creyentes), ahora aparece prácticamente partido por la mitad: un 39% de “católicos no muy practicantes” y un 46% que se declaran indiferentes, agnósticos y ateos. A esos dos grupos se ha de añadir un 10% de jóvenes que cumplen regularmente con la asistencia a la iglesia.

Resultan muy ilustrativas las condiciones que exigen los jóvenes para ser considerados persona religiosa: Creer en Dios (71%), ser persona honrada (45%), ayudar a los necesitados (38%), rezar (32%), pertenecer a una iglesia (25%). Como vemos la “eclesialidad de la fe religiosa” tiene poco eco en adolescentes y jóvenes.

En el ámbito de las creencias la existencia de Dios ha pasado de un 65% en 1999 a un 55% en 2005. Dato realmente preocupante, pero que no justifica la afirmación tan radical que hace el autor en la p. 266: “(...) prácticamente la mitad de los jóvenes rechazan a Dios” (el subrayado es nuestro). No creo que exista un ateísmo militante entre los jóvenes españoles a ese nivel cuantitativo. Y por otro lado no olvidemos que cuando se pregunta sobre la oración el 58% de los jóvenes afirman que rezan.

Las oraciones más frecuentes son la oración de petición (35%), la oración libre y espontánea (29%), y el Padrenuestro o Avemaría... (29%). Pensamos que aquí se esconde una gran oportunidad para la evangelización. Se trata de oraciones dirigi-

das en su mayoría a un “TÚ”. A pesar de ambiguas elaboraciones conceptuales de los jóvenes sobre la Trascendencia, Dios surge en esos momentos de plegaria como Alguien, con un rostro personal. Esa experiencia de oración puede convertirse en una providencial defensa frente a la idea que se esta extendiendo de un Dios impersonal, energía cósmica de carácter anónimo que promueven los círculos de la Nueva Era.

La eucaristía está siendo abandonada por los jóvenes: un 5% asisten al menos una vez por semana y otro 5% al menos una vez al mes. En 1999 eran todavía en su conjunto un 21%.

¿Y por qué no van a misa? Para un 49% “la misa no les dice nada”, para un 16% “se puede ser religioso sin ir a misa”, para un 14% “la misa es muy aburrida”. Creo que son datos que debieran dar que pensar. Ya sabemos que adolescentes y jóvenes viven su tiempo libre al margen de la familia y, por tanto, fuera del alcance de cualquier otra institución. En su fin de semana sólo caben sus intereses de carácter lúdico y festivo preferentemente. No hay espacio para una misa. Pero por otro lado la falta de significatividad de la celebración eucarística para los jóvenes, el aburrimiento que anega su sensibilidad tendrían que obligar a los responsables eclesiológicos a sentir la necesidad urgente de encontrar cauces creativos para la participación de adolescentes y jóvenes en esa celebración central y nuclear de la Iglesia. Pero ésta no goza de su confianza.

La mitad de los jóvenes se identifican como católicos, pero sólo un 20% confía en la Iglesia. Y la afirmación “soy miembro de la Iglesia Católica y pienso seguir siéndolo” es suscrita actualmente por un 29%. En 1999 era un 51% y en 1994 un 64%.

Pero me pregunto: ¿Qué entiende un adolescente o joven de hoy por “ser miembro de la Iglesia”? ¿Qué imágenes desata esa expresión en su interior? Ellos dicen NO a esas imágenes. Pero no creo que esas deformadas imágenes juveniles definan el criterio teológico para discernir adecuadamente la pertenencia a la Iglesia.

Adolescentes y jóvenes buscan orientación, desean encuentro, necesitan luz. Están dispuestos a hablar sobre su vida. ¿Seremos capaces en la Iglesia de ofrecerles cercanía, comprensión, mediación, sentido y experiencia de fe? De nosotros depende. No solamente de ellos.